



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 51.

JUEVES 16 DE FEBRERO DE 1865.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

DE LA LITERATURA EN GENERAL, por Augusto Jerez Perchet.—ELEGÍAS: á Regina. (Conclusion), por José Vilela.—LAS CAMPANAS, por Augusto Jerez Perchet.—AMOR DE MADRE, por Fernando Sellarés.—QUIEN UN BIEN SIEMBRA..., por Manuel Seco y Shelly.—LA EDAD DE LAS MUJERES, por X.—CANCION, por M. Seco y Shelly.—LA FORMACION DE UN PERIÓDICO, por A. H.—A UN CLAVEL: poesía, por Adrian Viudes y Giron.—LIBRANOS SEÑOR, poesía, por M. Seco.—A. M.: una pieza de música, por Antonio Blazquez de Castro.—HISTORIA NATURAL: el sapo.—SUELTOS VARIOS.

DE LA LITERATURA EN GENERAL.

En la infancia de las sociedades, los hombres vivían errantes, dispersándose por los campos á causa de sus ocupaciones que se reducían á la caza y la pesca.

Probablemente su lenguaje constaría en un principio de un número reducido de voces, que la necesidad y los adelantos fueron aumentando, porque á medida que los hombres expresaban mayor cantidad de ideas, hijas éstas de las diversas circunstancias de su vida ó sus sentimientos, irían progresivamente creciendo el número y la variedad de gritos ó sonidos de que se valiesen para manifestacion de sus pensamientos, y de aquí la grande analogía que hay entre infinitas voces y la cosa ú objeto que representan; pues si se concibe que los primeros hombres para expresar con mas claridad sus ideas, y que desde luego fuesen comprendidas, usarian los gritos ó voces que mas se pareciesen por su sonido ó blandura, delicadeza, suavidad, vigor, energía ó aspereza, al objeto ó pensamiento que trataban de significar, con cuya analogía era tan expresivo y enérgico, á pesar de su rudeza, el lenguaje primitivo.

La necesidad, la ignorancia y la carencia de nombres propios, introdujeron en el idioma de los pueblos salvajes gran número de metáforas. Sus expresiones vivas y animadas, sus

imágenes y figuras lo harían, sin duda, en extremo poético; poesía que á medida que se enriquecía el lenguaje fue desapareciendo, por no ser ya de una necesidad absoluta para la expresion de las ideas; sustituyéndose á los primitivos giros y rodeos la sencillez y la claridad mas indispensables, cuanto mayor era el trato de unos pueblos con otros.

La pintura fue probablemente la primera escritura inventada para transmitir de un punto á otro distante los sucesos ocurridos; escritura imperfecta, y mas tarde sustituida por signos convencionales, que guardaban cierta analogía con el objeto invisible que significaban, y que variaban en algunos países. El medio de comunicarse por caracteres que expresaban tan solo ideas sin espresar palabras, tenía infinitos inconvenientes y no podía gustar á las naciones por lo difícil y confuso de su traduccion; razon por la cual se inventó mas adelante un alfabeto de sílabas, y últimamente uno de letras, que reunía sobre el anterior la ventaja de tener un número mas reducido de signos. Perfeccionóse con el tiempo el alfabeto; varió la manera de escribir, que en un principio fue de derecha á izquierda; á la manera y metales empleados para la escritura, reemplazaron las hojas de ciertos árboles, y de este modo fueron usándose diferentes materias, cuyas ventajas sobre las primeras crecian continuamente, hasta que la invencion del papel señaló un límite á la esfera de las invenciones.

La poesía nació con el hombre aunque tosca y sin cultivo. Los pueblos de la antigüedad la conocían ya, ruda, y únicamente con la forma natural y espontánea que le daba el sentimiento del corazón, y examinando la historia vemos que los primeros hombres en sus fiestas populares y religiosas cantaban y pronunciaban versos, celebrándose en este lenguaje las hazañas de los héroes y las acciones notables que la tradicion nos ha revelado.

Los griegos, que entonces marchaban á la

cabeza de la civilizacion, perfeccionaron alguntanto la poesía, en la que mas tarde sobresalieron insignes vates.

Las primitivas composiciones fueron en verso, por ser éste el único lenguaje capaz de mover á los hombres en su estado salvaje y rudo; y siéndoles mas fácil de conservar en la memoria los pensamientos espresados en esta forma, los repetía el padre á su hijo, y pasando de generacion á generacion, hasta inventarse la escritura, ha llegado á nosotros la historia y conocimientos de los antiguos pueblos.

Las diversas especies de la poesía estuvieron confundidas en un principio, hasta que los griegos establecieron las necesarias diferencias; pero los progresos de la sociedad dieron mas señalada forma á las composiciones, distinguiéndolas además con los nombres que hoy tienen. Las odas y los himnos nacieron con el entusiasmo y el amor. Las desgracias, las muertes, las separaciones y pendencias, moviendo al poeta á cantar sus dolores, dieron origen á la elegía. La poesía épica fue debida á las grandes hazañas de los héroes, y por último, de las conversaciones públicas entre los poetas se formó la poesía dramática. De todos estos géneros se hizo una masa heterogénea sin separacion y sin nombre, hasta que mas tarde, inventada la escritura, se separó la prosa de la poesía, adquiriendo entonces ésta mas regularidad y esmero, si bien perdió la primitiva energía, que aunque ruda, era la verdadera efusion de los sentimientos del poeta.

La música tuvo igual origen que la poesía, pues á su poder y atraccion se rendía el hombre. La impresion que producen en el ánimo sus ruidos armoniosos, es bastante por sí sola para dulcificar el carácter áspero y feroz de las naciones bárbaras.

El hombre, por insensible que sea á todas las impresiones, no puede, sin embargo, cerrar su oído á la que experimenta escuchando las notas musicales. Están poderoso su influ-

jo, es tan grata su armonía, ya sea vigorosa, rápida y sostenida, ya débil, lenta y vacilante; ora espresese afectos bélicos, ora triste dolor ó dulce melancolía, que sin querer se comueven todas las fibras del cuerpo, y el hombre no puede menos de prestar atención á los ecos que tan vivamente le impresionan. De aquí el que la música marchara unida á la poesía; y de aquí también que los primeros versos se cantasen. Por esto, como existe tan grande analogía entre la poesía y la música, es mas que probable que los primeros poetas del mundo hermanasen en sus cánticos ambas artes á la vez.

En la poesía se hallan perfectamente retratadas las costumbres y el carácter de los pueblos. Veamos, si no las composiciones de los orientales, y en su lenguaje hiperbólico, en sus imágenes en sus concepciones mas insignificantes, hallamos el carácter todo y la vida del árabe. Amor, placer, voluptuosidad, impetuosidad y fuego, sueños ideales respiran sus poesías. Ligereza, facilidad y algunas veces frivolidad, hallamos en las poesías francesas; dulzura y delicadeza, en las italianas; profundidad, melancolía y fantasía, en las alemanas; imágenes pavorosas, armonía salvaje, si puede decirse así, espresan las composiciones escocesas; y por último, pensamientos belicosos, imágenes guerreras se ven en los antiguos pueblos americanos.

El gusto de las distintas épocas se ha ido reflejando considerablemente en las obras literarias. Estas, lo mismo que los mas insignificantes objetos del arte y de la industria, llevan en sí el sello indeleble de las costumbres, de los sentimientos; en una palabra, del gusto de las naciones, siguiendo en todo el progreso universal, y adaptándose visiblemente á las reformas sociales, que la poderosa ley del adelanto esparce en el transcurso de los siglos.

La literatura, uniéndose en sus revueltas ondulaciones á la marcha de los países civilizados, ha tenido como estos muy diferentes aspectos ó géneros, cada uno de los cuales ha durado mas ó menos segun la duración de la sociedad que pintaba, ó segun la duración del gusto dominante.

En las épocas remotas, cuando faltos los pueblos de las luces de la civilización se destrozaban en sangrientas luchas, solo resonaba himnos guerreros la lira del poeta; y los ecos populares y aun las estrofas amorosas unían á sus blandas melodías los ásperos sonos del canto militar.

Llegan los siglos del feudalismo, y su lema *mi Dios, mi dama y mi rey*, es bastante para darnos á conocer la reforma que debia operarse en las costumbres, y por lo tanto en la literatura. En efecto, la reforma se verifica. Los cantos de guerra pierden su primitiva ferocidad, y la naciente literatura da cabida á otro género: el amor. Frente las rejas de su amada, canta el caballero dulcísimas canciones, impregnadas en el perfume del amor, y bajo las torres del castillo gótico y á la puerta de los palacios, el trovador y el peregrino entonan al compás del misterioso laud melancólicos cantares que respiran amor, y hacen latir los corazones y arrarsarse en lágrimas los ojos.

El feudalismo pasa, y despues de diversos periodos mas ó menos importantes, pero que no daban un señalado carácter á la literatura, vemos aparecer el género *bucólico*. El poeta, durante la época de paz, origen de esta literatura, canta las escenas de la vida campesina. A las imágenes guerreras, á los amores ideales de los años anteriores, suceden las ideas dulces y los amores sencillos.

El gusto por las obras bucólicas decae, y en el siglo XVIII nace un nuevo género que se capta bien pronto la simpatía de los amantes de las letras, y es el *romanticismo*, que aunque de concepciones á veces exageradas, ha producido la mayor parte de esas obras inmortales, orgullo de la Europa. El gusto de los siglos anteriores habia llevado sus reflejos

á la edad moderna, y así es, que fue recibida con entusiasmo la nueva literatura, que infiltrándose en el espíritu de sus adoradores, concluye por corromper las ideas de la época.

La sociedad avanza por la senda del progreso. Las costumbres se modifican. El saber se desarrolla con portentoso vuelo. Los descubrimientos se suceden, y un dilatado horizonte de gloria y felicidad se presenta al mundo civilizado. Aparece el siglo XIX y la literatura que en un principio parece resistir á las universales innovaciones, empieza á decaer. El siglo XIX; el siglo de la electricidad y el vapor, de los negocios y del tanto por ciento, no podia admitir una literatura espiritual, que solo hablaba á los sentimientos del alma; no podia admitir la poesía de sus obras que respiraban idealismo, puesto que la nueva generación buscaba lo material y lo prosaico. Era preciso que apareciese un género mas vulgar, mas inmediato á la vida real, mas acomodado al carácter de la época. Entonces se forma una literatura, en nada parecida á las anteriores, y cuya principal ventaja consiste en amoldarse á todas las capacidades, á todas las clases, y es el género popular que prueba claramente el paso gigantesco dado en la literatura, puesto que busca su origen en el corazón del hombre, de quien saca los modelos que presenta en sus escritos.

Hé aqui el fundamento del género que nos ocupa. Ha estudiado el alma del pueblo, y en sus bellísimas obras nos vierte los raudales de poesía que él atesora; por cuya razón debemos concluir diciendo que la literatura popular es la verdadera espresión de los sentimientos del alma, y la que retrata mas perfectamente el carácter de los pueblos.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

ELEGÍAS.

Á REGINA.

(CONCLUSION).

V.

A la salida del pueblo,
Cruzando una verde senda,
Hay dos nombres enlazados
De un arbusto en la corteza.

Muchas veces me detengo
Bajo sus ramas espesas,
Y mudo la inscripción miro
A la luz de las estrellas.

Algunos allí me vieron
Pasar las noches enteras,
Y mi angustia contemplaron
Al rodar las hojas secas.

En vano saber quisieron
Cuanto esos nombres encierran,
¡Que respetar es preciso
Los secretos de una muerta!

VI.

Sentadas sobre la yerba
Estábamos una tarde,
Mirando el sol que moria
Tras las encinas del valle.

Yo tejía una guirnalda
Con florecillas fragantes,
Que ella cogió cuidadosa
De un arroyuelo en la márgen.

Al colocar la guirnalda
En la frente de aquel ángel,
No sé qué presentimiento
Secreto, vino á turbarme.

Solo sé que aquellas flores
Vilas, temblando, más tarde,
Al fulgor de opacos cirios,
En las sienes de un cadáver!

VII.

Bajo mi trémula mano
Sentí el último latido,
De un corazón que, aun muriendo,
Conservaba mi cariño.

¡Ay de mí! yo ví sus ojos
Inmóviles y sin brillo;
Yo recogí de sus lábios
El último beso frío.

Yo la suspendí del lecho,
Que aun permanecía tibio,
Y la coloqué, llorando,
En el féretro sombrío.

Yo puse sobre su pecho
Un sagrado crucifijo,
Y pasé toda la noche
Rogando á Dios por su espíritu.

Yo sentí caer la tierra
Con sordo, tenaz ruido,
Sobre las débiles tablas
Que dan á su cuerpo abrigo.

Abandonar no queria
Aquel fúnebre recinto,
Pero sentí que se ahogaba
Mi corazón oprimido.

¡Ay de mí! yo no comprendo
Después de tantos martirios,
Cómo es que arrastro la vida
En este mundo sombrío...

¿Dónde estás, que así me dejas
Sin tus caricias, bien mío?
¿Es cierto que muda, inmóvil,
En el féretro te he visto?

¡Oh, sí! pues aun mas que nada
Lo anuncia el hondo vacío
De mi corazón doliente,
Que se deshace en suspiros...

—Descansa en paz: no más turben
Mis lamentos infinitos,
La eterna calma en que yace
Tu espíritu sumergido.

JOSÉ VILLETA.

LAS CAMPANAS.

¿Habeis pensado alguna vez en el lenguaje de las campanas?

Pues os lo voy á explicar.

Figuraos que al amanecer el día ois un alegre clamoreo que se eleva de la tierra.

Es el toque del alba; es decir, la señal de otro día que nace. Un paso mas avanzado hacia la muerte. Un grano mas de arena que el reloj de la vida lanza en el espacio.

Dolores, alegrías, trabajos y placeres que van á volver á empezar.

Una esperanza realizada. Una esperanza perdida. Un deseo, un mundo nuevo.

Todo eso dice el toque de la alborada.

La campana impasible y severa, deja escapar sus vibraciones que al derramarse por el aire graban en el corazón del hombre una nueva página de su historia.

Escuchais la hora que marca el reloj.

Su claro sonido es, quizá, una voz epigramática que parece repetir al hombre sus acciones todas.

En efecto; se está distraído, pone fin á su distracción: si tiene una cita se la recuerda; si espera una noticia, acaso le impacienta: si sufre cuenta los instantes de su dolor.

En las noches de insomnio, va marcando sus horas de tormento con horrible pesadez.

El reloj, me revela.

El sueño de amor de una virgen.

La agonía de un enfermo.

La velada de un desgraciado.

Los recuerdos que brotan del alma en el misterio de la noche.

Las lágrimas vertidas en el silencio.

La oración de una madre.

El sonido del reloj encierra algo de sublime, de grande, de fatídico.

Sobre todo en las horas de la noche.

En esas horas llenas de poesía, de silencio, de gravedad.

En esas horas de tristeza, de fantasía.

Horas de encanto, de belleza, de amargura.

Me agrada la noche porque sus armonías se adaptan á los sentimientos de mi corazón.

Por eso amo la tristeza.

Por eso amo la soledad y el reposo.

Sin embargo, ¿para cuántos pasa desapercibido el eco del reloj.

Una hora mas, ¿qué importa?

Un viajero camina por los campos, y de repente hiere su oído la voz de una campana.

—«¡Espera!» le dice aquella voz.

Y espera; sí; espera el descanso de sus fatigas.

Aquel eco que llega á su alma es un consuelo, una sonrisa que alegra su corazón.

¿Quién no ha llorado al escuchar las campanas del pueblo que le vió nacer?

Después de una larga ausencia vuelve el hombre á su patria.

Cuenta con los ojos los árboles y las casas que descubre á lo lejos. Recrea la vista en el monte, en la fuente, en la colina.

Oye una voz amiga que lo saluda. Oye la campana que tantas veces escuchaba cuando niño.

Es su acento, alegre, sonoro. Es el mismo que turbaba su sueño, que le anunciaba las fiestas religiosas. Y ahora vuelve á vibrar en su oído...

El alma formula una bendición y los labios dejan escapar un suspiro.

No hay cuadro mas risueño que una aldea en un día de fiesta.

Las muchachas vestidas con sus mejores galas, y los mancebos con sus trajes nuevos, cantan, bailan y rien, ó pasean por los campos.

Pero ¿sabéis qué es lo que da vida y animación á las escenas de alegría que os rodean?

Pues es la voz de las campanas.

Entonces gritan bulliciosas y precipitadas en rápido volteo.

Locas, inquietas, aturdidas, derraman torrentes de armonía en su vibrante estruendo.

¿Cuántas cosas dicen!

Es un poema enérgico, elocuente.

Un compendio de sentimientos distintos, expresados bajo la misma forma.

Ama, sueña, llora... ¿Quién podría interpretar su lenguaje?

Y el hombre ama, sueña y llora, por que las voces que escucha son las de su mismo corazón. Aquella es la traducción exacta de sus afectos; el eco que repite sus sensaciones mas íntimas.

¡Ay! ¡Cuán tristes resuenan las voces de una campana tocando á muerto!

Sin embargo, es la misma que nos alegra otras veces.

Ahora sus ecos son arrancados por el dolor de una desgracia.

Repiten los suspiros, los lamentos del corazón.

Esa voz desgarrar el pecho.

Diríase que se complace en evocar con sus lentos golpes los recuerdos que causan nuestro martirio.

Sin duda goza en sufrir...

¿Qué imagen de paz encierra el toque de oraciones?

Parece el canto religioso, la fervorosa plegaria que el mundo eleva á Dios.

¡Momento de respeto!

La hora es solemne... Muere la tarde y la incierta luz del crepúsculo alumbra á la tierra.

Hora de melancolía y recogimiento, que dice al hombre:—¡Piensa en Dios!

El hombre dobla la rodilla. Murmura una humilde súplica, y ¿quién sabe si une algun nombre amado á las preces de su alma?

Una madre, una esposa, un hijo; objetos de adoración y de ternura, vagan en su pensamiento y en sus labios.

¡Bendita sea la oración!

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

AMOR DE MADRE.

Descuella entre las mas bellas creaciones del genio, entre los mitos que divinizan ese valle de lágrimas y perfumes, un ser privilegiado que la familia y la historia enaltecen con mas fuerza, si cabe, que á los Epaminondas, Alejandro

y Viriatos. Sér mágico que inspira á los bardos de todos los siglos, que encierra la magestad del cielo sembrado de estrellas, la armonía de las rizadas ondas, el perfume de embriagadoras plantas, el encanto del ruiseñor y la magestad del águila que cruza imponente el espacio sin fin.

Es la madre.

Madre, repite el soldado en el estruendo de mil combates; madre, el intrépido nauta que rápido surca el proceloso mar; madre, el peregrino en el angustioso páramo de su dolor; madre, el penitente en el yermo desierto de su infortunio; madre, el amante en el oasis de sus quimeras; madre el corazón arrullado por la brisa de la infancia, puro como la aura que orea las flores, bello como el sentimiento, que rinde sus páginas de fuego á esos seres incomparables, cuyo corazón anonada á Demóstenes y aterra á Quintiliano.

Pinturas son las suyas mas bellas que las de Virgilio; sus palabras mas concisas que las de Salustio, y sentencias las suyas mas sublimes que las de Horacio el admirable.

La madre es como el poeta y el orador entusiasta que apasiona á la naturaleza; habla á las estrellas, á los árboles, á las aves, á los ángeles y á las montañas como que pudiesen responderle, y cada frase que brota de su abrasada frente representa un gemido que se escapa de su corazón, cada palabra un lamento del alma adolorida y cada beso enciende el rostro infantil de su retoño feliz que inocente no comprende la amargura tal vez de aquel corazón, que confunde su espíritu con su aliento.

Sus arrullos nos recuerdan el hogar, la familia y el amor. Si llora, llora el corazón mas escéptico; si rie, huyen las nubes de tristeza de la torva frente del infeliz.

¡Pobres madres!

Nos mecen en la infancia y nos amamantan á sus pechos.

Alboreamos la edad en que el porvenir nos sorrie con sus fascinadoras formas, en que la ardiente fantasía crea palacios mil en regiones imaginarias; idealizan ellas nuestros sueños, doran ellas nuestras ilusiones.

Sella el infatunio y el sufrimiento nuestra arrugada frente, la infatuidad de los devaneos amargan nuestra vida; una mujer con sus miradas nos alimenta, una mujer rompe los vínculos que nos atan á la fatalidad; solo una mujer nos quiere felices. Y si la dura parca nos sepulta en el sarcófago de la muerte impía, una mujer, solo una mujer deposita en la tumba una lágrima y una flor.

¡Es la madre!

Vedla, vedla á las orillas de los mares abrazando á su hijo contra su pecho de fuego. Vedla cruzar la plazuela del pueblo y caer sobre la frente de su amado del alma. Vedla ante la tumba rasgar sus vestiduras, desplegar al viento sus sedosas trenzas y regar con su llanto el mármol frio. Vedla sufrir y llorar siempre.

¡Pobres madres!

Vuestro amor es grande como el cielo, inagotable como el mar, eterno como el dolor, intenso como el sufrimiento y sublime como la fe que quebranta las penas. Vuestro pecho es un poema de dolor; vuestra alma un himno de amargura.

Los pueblos pasan, los tronos se hunden, se rasgan las púrpuras, mueren los hombres; queda y permanece siempre vuestro amor que idealiza la fantasía del poeta, espiritualizando sus inspiraciones, que templá el arpa eólica del amor al par de la armoniosa brisa del entusiasmo patrio, que agiganta los héroes ilustres de nuestro suelo inmortal.

¡Pobres madres!

¿Quién no os ama? ¿Quién tan ciego se arroja en pavoroso caos siendo vosotras el ángel de luz de su infancia? ¿Quién os desprecia, siendo peana de su insensato orgullo, baldón de sus sarcasmos, apoteosis de la resignación? Os escarnecen, les enviáis una sonrisa; os insultan, ¡sacrílegos! ¡les dais un abrazo de amor!

¡Pobres madres!

¡Todos los pueblos han alzado monumentos de eterna fama á vuestro amor inextinguible! Todos admiran el sufrimiento de esos mártires del hogar, la abnegación de esas víctimas de la suerte y el heroísmo de esos atletas del amor.

FERNANDO SELLARÉS.

QUIEN UN BIEN SIEMBRA...

I.

Hace algunos años, habitaba en una pequeña hacienda de la encantadora huerta de Valencia, una honrada familia que huyendo de los rigores de la estación, iba á pasar en ella todos los veranos.

Componíanla un antiguo militar que habia hecho la campaña de la guerra civil, peleando á la sombra de las banderas de nuestra augusta reina, su virtuosa esposa y dos hijos de corta edad que formaban las delicias de sus buenos padres.

Don Anselmo, que así se llamaba el militar, adoraba á sus hijos y cualquiera que fuera el capricho que ellos tuvieran, corría á complacerles, gozando así de una tranquilidad envidiable.

Solo alguna que otra vez y cuando recibía el correo de Valencia, se le veía palidecer y aun solían correr las lágrimas por sus tostadas mejillas.

Amparo, su esposa, pretendió en vano adivinar la causa de aquel llanto. Don Anselmo se encerró en un absoluto silencio y nunca comunicó á su mujer la causa de sus penas.

Pero Amparo no se contentó con suplicar; quiso adivinar de dónde procedían aquellas lágrimas y para ello un día que su esposo habia salido á cazar, recibió su correspondencia y abrió una por una todas las cartas.

Una de ellas era la única que podía interesarle.

Decía así:

«Mi querido amigo: El asunto va mejorando; parece ser que el fingido conde de la Esmeralda, después que ha gastado la mayor parte del capital que tan legítimamente le corresponde á usted, va cediendo en sostener sus pretendidos derechos y antes de mucho los tribunales nos habrán hecho justicia.

»Es cuanto por hoy puede decirle su amigo y servidor Q. B. S. M.

Mariano Requena.»

Amparo cerró las cartas y quedó pensativa algunos momentos.

Después levantó la cabeza y murmuró.

—Me parece que ya voy entendiendo algo. Aquí hay un título y una renta, usurpados por un impostor... ¿Y por eso lloraba Anselmo?

Dichas estas palabras, la noble señora se sentó ante una mesa de labor y principió á trabajar.

II.

Don Anselmo habia creído que el día que destinara á cazar, seria todo él tan bello y apacible como la mañana; pero se equivocó.

Pardas nubes oscurecieron el firmamento y tuvo que retirarse á su quinta antes que la tormenta se le echara encima.

Caminaba con toda la ligereza que sus piernas le permitían, cuando al pasar por la inmediación de un espeso bosque le pareció escuchar voces que pedían socorro.

Su buen corazón le hizo variar de camino y entró en el bosque buscando al que gritaba.

No tardó en divisar al pie de un árbol á un joven decentemente vestido que era el que le habia llamado la atención con sus voces.

Acercóse á él y cuál no fué su asombro al reconocer que no era un hombre el que imploraba la caridad de los transeúntes, sino una bellísima joven, disfrazada sin duda con aquel traje.

Prodigóla los primeros auxilios que entonces necesitara, es decir, dióla de beber algunas gotas de aguardiente del que siempre llevaba en su cantimplora, y como se desmayaba sucumbiendo al dolor que la atormentaba, esperó á que volviera en sí para preguntarle el motivo de encontrarse en aquel sitio y con aquel traje.

Otros cazadores de las cercanías que sin duda habian oido las voces de la jóven llegaron entonces á aquel sitio y don Anselmo les pidió su ayuda para trasladarla á su quinta.

Uno de ellos, fornido labrador cogió á la jóven en sus brazos y echó á andar delante de la comitiva.

An elmo se dirigió con ellos á su casa don-

de ya su esposa y los dos niños le esperaban con ansia temiendo la tempestad, y mostró á Amparo la niña perdida.

La buena mujer recibió de los brazos del campesino á la jóven y Anselmo despidió á los que le habian ayudado en su obra de caridad, dándoles las gracias y prometiéndoles enterarles del estado de la niña.



PANORAMA UNIVERSAL.—El palacio viejo de Florencia.

Poco despues ésta reposaba tranquilamente en un blando lecho y podía entregarse al sueño, gracias á los auxilios que la prestaron don Anselmo y su esposa.

III.

Amparo que aunque muy honrada y muy virtuosa, no dejaba de tener como todas las mujeres su dosis de curiosidad, pasó toda aquella noche preguntando á su marido y aun á sí misma, de dónde procedía aquella niña.

Por mas que torturó su imaginacion, ésta no le supo dar razon alguna y al fin se decidió á esperar al siguiente dia creyendo que entonces

la jóven se encontraria en estado de decir su nombre y de contar su historia.

Así fue en efecto, porque apenas el sol estendiera sus rayos por el ameno valle, cuando ya doña Amparo se encontraba al lado de la jóven dispuesta á averiguarlo todo.

Despues de preguntarla por su salud y deseando llevar la conversacion al terreno que apetecia, dijo:

—Pero hija mia, como te expusiste á salir ayer al campo con la tormenta que amenazaba y disfrazada con aquel traje tan particular?

—¡Ah, señora! mi salida ha tenido su causa...

—Si es un secreto, no quiero...

—¡Ah, nada de eso! yo necesito un corazon bueno y generoso á quien confiar mis penas y en usted creo haberlo encontrado.

—Hija mia, ten la seguridad de que en lo que pueda trataré de consolarte.

—¡Gracias! señora, ¡gracias!

La jóven se incorporó un poco sobre el lecho y principió á hablar así.

—Nací en Valencia y soy hija de un titulo rico y opulento. Permitidme que calle su nombre, porque no quiero que nadie lo sepa en este mundo. Llamáronme Sofia y como era única me mimaron mucho, dándome una educa-

cion que me ha traído al punto en que ahora me encuentro; coqueta y veleidosa, quería siempre que mis mas pequeños caprichos fueran obedecidos y así llegué á la edad en que tuve que hacer mi primera salida al mundo. Mi dote me atrajo numerosos pretendientes y solo en uno de ellos me fijé.

Llamábase Luis Contreras y era un joven simpático y aun me atrevería á decir que hermoso.

Aquel hombre me habia hecho juramentos tan formales, que acabé por creerle y caer loca de amor en sus brazos.

Llegó un día en que no pude ocultar á nadie mi estado y entonces el miserable me propuso una huida; yo no sé lo que le contesté porque estaba loca, loca por él.

¡Le amaba tanto!

(Se continuará.)

MANUEL SECO Y SHELLY.

LA EDAD DE LAS MUJERES.

Hé aquí un problema que no ha podido resolverse nunca, y apelo en prueba de mi aserto al testimonio de todas las mujeres. Averiguar la edad de cualquiera de ellas, fue, sigue siendo y será siempre mas difícil, que hallar la cuadratura del círculo. No se encuentra una, que deje de creerse autorizada para ocultar la verdad en esta materia, y en mi concepto, se ha hecho ya necesario modificar la ley de Dios, si queremos que se salve alguna alma femenina. Propongo pues, que el octavo mandamiento se redacte de nuevo en la siguiente forma.

«No mentir, á escepcion de si eres mujer y hablan de tu edad.»

Desde que esos seres con faldas empiezan á tener uso de razon, principian á variar su partida de bautismo. La renacuajo que apenas levanta un codo del suelo, aumenta sus años

y adopta la gravedad de una mujer hecha y derecha, para obtener de mamá que la lleve á visitas, al teatro y á los bailes. La niña de 12 á 15 los exagera, para conseguir que la pongan vestido largo y la llamen señorita. La polla de 16 á 20 los abulta, para librarse de los mequetrefes, que le asedian y porque le cosideren ya casadera. La joven de 20 á 25 se planta en los 18 porque prevee que pronto habrá de convertir la suma en resta. La mujer de 26 á 30, nunca presenta igual cifra, para desorientar á los que se ocupan de asunto tan espinoso. La de 30 á 40 contesta siempre que 28, porque menos, seria ridiculo y escandaloso. La de 40 á 50 nada responde ya, y evade la cuestion, por mas que la provoquen. Y desde esa fecha en adelante, se limitan á contestar: «Hijo mio, ya no soy una niña»; como si esta verdad reconocida de antemano por todos, pudiera ponerse en tela de juicio, despues de miralles la pata de gallo; esa señal inequívoca



QUIEN UN BIEN SIEMBRA...—Y mostró á Amparo la piña perdida.

é imborrable, que la naturaleza imprime en los frontispicios humanos, para marcar su antigüedad.

Esto como regla general: hay además casos y circunstancias especiales, en que la razon aconseja la mentira.

La chicuela de pocos años, los acrecienta muy justamente, para hacer menos sensible la diferencia que hay entre los suyos y los que cuenta un tio sumamento rico, que desea matrimoniar con su sobrina para que todo quede en casa. Por el contrario; la ya jamaña los disminuye, para que resultando en menor número que los del joven cónsul que le ha pedido compromiso, no se retraiga de sus caritativas pretensiones, y la acoja bajo su proctetor pabellon; en uno y otro caso, la falsedad es disculpable si no plausible.

Entre las madres y las hijas, hay siempre una lucha continuada. Las primeras, nunca quieren que las segundas pasen de 14 años, porque con esta cifra les sale perfectamente su cuenta; y estas los aumentan exageradamente y sin considerar, que tanto cuanto mas suben

ellas, tanto mas bajan las autoras de sus dias. Si contemplando una niña hay quien esclama ¡Jesús que alta está, se ha hecho una mujer! de seguro interrumpirá mamá su sorpresa, con la conocida fórmula de «está muy desarrollada, y eso que aun es una mocosa»; pero esto nada tiene de extraño, pues son intereses encontrados, difíciles de armonizar.

No hallareis una viudita, que al decirlos el tiempo que tuvo marido, no añada al instante: «¡Me casé tan joven!» Ni una casada, á quien su cónyuge no lleve algunos meses ó por lo menos naciera en igual época.

La mujer sostiene con el tiempo, una lucha continuada y heroica. Se defiende con un valor digno del mayor elogio; y la que á fuerza de cosméticos, postizos y algodones, logra cuando no parar el reloj, conservar *in statu quo* su cara y su talle, la vereis atricherarse en el gastado axioma, de que nadie tiene mas de edad que la que representa. Si menos cuidadosa de su persona, deja aparecer algunas canas, nunca confiesa que son fruto natural de sus muchas navidades, y prueba de mil modos

y hasta la saciedad, que sus cabellos se han vuelto blancos por los grandes padecimientos que ha sufrido, tanto físicos como morales.

Hablar á las mujeres de años, es siempre una impertinencia. Si son jóvenes, solo se les dice lo que saben muy bien; y si machuchas, se les recuerda lo que á toda costa quieren olvidar.

He presenciado muchas riñas de ellas con ellas, y mientras los dicterios se reducen á záfia, puerca, loca, y otro que hace referencia á la castidad, la pelea se sostiene en el terreno de lo hablado; pero si una de las contendientes mas atrevida, arroja y lanza á los oídos de su antagonista, el tremebundo adjetivo de «vieja», desde entonces la cuestion pasa á vías de hecho, porque vieja es un insulto que solo puede lavarse con arañazos y arrapones.

¿Qué mas diré? Pudiera patentizar mi proposicion, con mil teorías y millares de hechos prácticos; pero como estoy convencido que el ocultar sus años la mujer, es un vicio incurable y que está en razon de su sexo; que mis indicaciones serian perdidas como sermon predicado en desierto; y lo que es peor, que

mis amonestaciones atraerian sobre mi individuo todo su enojo, cuando no su odio, me limitaré á concluir este artículo, si de tal merece los honores, diciendo á todos: «no deis importancia á cosas que no la tienen, procurad no gastar vuestro corazón, vuestra alma y vuestra virtud; que esas prendas y no otras, son el único y verdadero barómetro con que el hombre pensador y filosófico mide la juventud ó la vejez de la mujer.

X.

CANCION.

Oye, niña hechicera,
Bien de mi vida,
La de labios de grana,
Dulce sonrisa,
Oye mi canto
Y verás, alma mía,
Lo que te amo.
Cuando la noche estiende
Su negro velo,
Y las aves al nido
Van con anhelo,
Voy yo á la playa,
Y un recuerdo te envío,
Niña, en el aura.
Recostado en la arena
Junto á la orilla,
Por la noche te espero,
Morena mía;
Y tu no llegas,
Y lloro porque pienso
Que me desprecias.
Tu estás lejos, muy lejos,
Del que te ama,
Y no vas por las noches
Junto á la playa;
Y yo allí solo
Recuerdo tus amores,
Y despues... lloro.
Las estrellas del cielo
Que ven mis lágrimas
Podrán decirte el pecho
Lo que te ama;
Esas estrellas
Que me ven por las noches
Sobre la arena.
Tranquilas mis p'és bañan
Olas de espuma,
Que á mis pies se trasforman
En agua pura;
¿Ves cuantas olas?
Pues mas veces mi pecho,
Sí, mas te adora.
Y cuando allá en Oriente
La luna sale,
Alumbrando la tierra
Que en calma yace,
Dejo la playa,
Y un adios de dolores
Le doy al agua.

Alicante.

M. SECO Y SHELLEY.

LA FORMACION DE UN PERIODICO.

En la tierra de los ciegos, el que tiene un ojo es el rey: así lo dijo un sabio, y sabio fue cuando lo dijo; recuerdo esta incontestable verdad porque me la aplico á mí, siempre que pienso que yo, yo que nunca me he visto cara á cara con el *saber* ni con el *talento*, ni con ningun vástago de tan entendida familia, haya podido ser aclamado entre las masas de una juventud cuya civilizacion dejo al criterio de vosotros, amigos lectores; director de un periódico literario, industrial y de interés local, y algo mas que aclamado, señores, director en propiedad, segun me nombró el alcalde pedáneo (porque han de saber ustedes que no pasó de pedáneo el alcalde de la comarca á que yo me refiero), en un atento oficio que á letra decia.

«Alcaldía pedánea, etc.: Habiendo determi-

nado varios jóvenes, entre ellos Perico el sacristan, Juan el barbero y Damian el tuerto, que salga un papel llamado periódico en este pueblo donde tienen la inmerecida honra de que yo alcalde, vengo en nombrar al mozo Bartolillo Astronomía, director en propiedad y nato del papel mismo para que dirija y arregle los dichos de los colaboradores, con toda la maestría y aplomo con que le favorezco. Expresiones á la señora Nicolasa. — Dios, etc.»

Mentira me parece, y siempre que en ello pienso, creo que estoy horizontalmente colocado sobre una blanda cama, durmiendo como un lirón, que mi talento, cero, tuviera tantos cerros por debajo; pero los tenia ciertamente cuando creyéndose superior en fuerzas literarias aquellos, que segun su debilidad debian de ser y eran *tisicos literarios*, me llamaron á un gr.to director de orquesta de una murga en que presidia el violon, no lo tomeis á broma, lectores, y por si lo dudais, voy á explicarme.

La escena pasaba en un pueblo donde escasamente el uno por ciento de sus hijos sabia leer y digo sabian, si leer se llama el deletrear con trabajo, prodigando ofensas de alta categoría á nuestra gramática castellana, y burlándose continuamente del Diccionario de la lengua: en un pueblo, y sigo, señores, donde la ilustracion se llamaba artículo de lujo superior á las fuerzas de los mas, y desairada por los menos, á cuyo guarismo pertenecia la juventud *potente*, la juventud aristócrata de aquella sociedad: sin embargo, la idea de escribir un periódico estuvo al alcance de un honrado vecino que un mes antes pasaba el día haciendo palotes, y leyendo la casta Susana; y esta idea, que como una chispa desprendida de la revolucion eléctrica corrió entre aquel círculo paleta, fue recibido con general aplauso en las filas ciudadanas, y sin debate alguno se decidió dar á la luz un nuevo instrumento para hacer llorar con sus chascarrillos, y reir con sus plegarias. «Que se redacte,» dijo una voz nutrida por el apoyo de otras tantas, fuertes como la ignorancia de los que las decian. «¡Que se redacte!... y sin treguas ni dilacion.» Sin dar espera á nadie, cual si se tratara de un trabucazo á quema ropa, se construyeron en Junta para el nombramiento de redactores, administracion y director; no necesito decir que no tardé mucho en presentarme tambien yo en el salon, donde se cobijaba la sociedad, que era por cierto el comedor del señor cura, y dejando consignada esta salvedad, puedo ya decir con propiedad que estábamos en plena Junta para tratar sobre la redaccion de un periódico. Oidas las partes, y vista la unidad que reinaba, á poca costa se alcanzó la victoria que íbamos á conquistar, y alcanzada, solo quedaba tratar de detalles y de formas.

—Es preciso construir una direccion y una tesorería, dijo un humilde labriego que hasta entonces habia permanecido mudo; y todas las bocas se abrieron para repetir con él; «que se nombren;» un discurso de un oficial de carpintero en el que probó que nuestro periódico seria un nuevo astro que iluminaria el mundo, le valió ser institutivamente nombrado tesorero sin sueldo ni antigüedad: ya tenemos quien nos custodie los fondos, era la orgullosa muletilla que se repetia uno á otro, como si aquel y éste, todos y yo no lo pusieramos: nos queda, pues, nombrar al director. Juanillo el contrabandista, dijo un alcornoque muy lleno de amor propio, Juanillo que es chico muy acomodado y tiene fondos para hacer frente á cualquier conflicto que pudiera acaecer. —De ningun modo replicó el interesado; yo, es cierto que tengo fondos, pero me falta *fondo* para dirigir periódicos.

—Señores, repuso un pacífico feligrés capaz de derribar un templo de un exabrupto, ninguno mejor que el maestro de escuela.

No puede ser, contestó él mismo, yo tengo á mi cargo la *impresion al natural*, puesto que á mi pluma en su acepcion material, está fiada la publicacion de ese semanario científico; pero creo que el mas á propósito de cuan-

tos componemos esta respetable masa, es nuestro amigo Bartolillo.

—Sí, sí, fue la valiente contestacion de las tribunas: sí, sí, Bartolillo.

—No, no, seguí yo; yo os doy las gracias; pero no me hallo con falcutades para salir airoso en el honroso puesto que me dejais. Un nuevo murmullo salió de las filas, y volvió á sonar mi nombre por todos los cofrades, afirmando que yo debia ser, y solo yo, director. En tal apuro formalizéme algun tanto mas, y con una voz enérgica y poderosa, dije.

«Señores: A una alusion tan personal, seria hasta una ingratitud el que yo permaneciese negándome; seré, pues, el director, pero decidme: yo que apenas leo lo que sé, ¿cómo tengo que arreglarme para saber lo que leo?... yo, señores, que hallo un problema en mi propia direccion ¿cuántos no hallará en la de tantos?... mi direccion y la caravana de Ambrosio, van á emparentar, y yo voy á salir silbado, y meneado como un cómico de la legua; pero sin embargo, la honra de haber sido elegido entre este círculo de *simples* apasionados á las letras será un orgullo que nunca olvidaré y el cual me decide á empuñar la batuta, despreciando esa atmósfera de *patatas y tomates* en que me creo respirar dentro de poco: conste, pues, que acepto, y pasemos á cristianar al cuerpo del delito, para que no se crie moro, y tiente mas al público. Un aplauso general entre el cual se oyeron algunas interrupciones de mal efecto para el pudor, me hizo comprender el entusiasmo que agitó mi conformidad; y en efecto, todos de mi opinion, se dispusieron á que se le votase un nombre.

Despues de un momento de silencio, único en que yo olvidé las capacidades que me rodeaban, salió una voz estertórea diciendo: «que se le ponga *Las catacumbas de Padilla*. Canastos, dije yo: ¿qué tiene que ver Padilla con nuestro periódico? no me parece oportuno ese nombre, y como mi voz era allí la de mas efecto, secundando mi idea, á ninguno le pareció bien.

—La Calandria, dijo uno.

—No señor, contestó otro. *El papagallo ó El triunfo del Ave Maria*.

—¡Ave Maria! dije yo; que calle ese papagayo.

—El ruiñenr enamorado ó recuerdos del porvenir, dijo el señor alcalde, creyendo decir algo.

Buen recuerdo tienes tú, me dije yo para mí; y dirigiéndome á los demás, dije en alta voz:

—El Ganso.

—¡Aprobado, aprobado! dije en todos aquellos colegas del nombre admitido.

—Pues corriente, señores, puesto que ya tiene nombre, solo falta material para dar á luz el primer número, dije yo: y acto continuo me puse en pie, y dando media vuelta me salí á tomar el fresco, que buena falta me hacia.

No habrian pasado venticuatro horas, cuando estando ya pacíficamente entregado al sueño de una calmosa siesta, me despertaba una voz aguardentosa, que preguntaba por el señor director de *El Ganso*.

—Que pase adelante mi dirigido, dije yo levantándome no con muy buena gana.

—Adios, muchacho; ¿qué traes por aquí?

—Aquí le traigo á usted una composicion en verso.

—¿Dónde la has encontrado?

—En mi cabeza.

Buena estará, dije yo á mis adentros.

—Pues bien, déjala, que ya la leeré.

—Se le ofrece á usted algo, señor Bartolo.

—Nada, hombre, deja mandado.

—Pues hasta mas ver.

—Adios, buen mozo; y mi hombre se ausentó tan satisfecho de haber dejado su composicion en poder mio. ¿Qué es esto? me decia yo. ¿Qué barbaridad habrá escrito este aficionado?

No pudiendo dominar mi impaciencia, abrí y empecé su lectura; decia así:

A UNA LUNA.

Astro luciente
cuya luz derramas sobre el suelo
y vives blandamente
en las regiones del cielo:

Tú eres solo mi fortuna
eres mi amor, mi embeleso
¡hay! quien pudiera, ¡oh Luna!
en tu redonda cara darte un beso.

¡Santa Bárbara! pues no quiere darle un beso á la luna. ¿De qué luna hablará este ganso? yo voy á buscarlo, y diciendo estas palabras me puse el sombrero y me salí á la calle para entregarle su composicion, ó mejor dicho, su descomposicion. Al efecto empecé á correr calles preguntando á todo el mundo: ¿quién ha visto al amante de la luna? Nadie me entendia, ni yo encontraba al mancebo. Así pasaron cuatro horas, y fatigado de correr me volví á casa resuelto á romper el beso de la luna. Mas ¡oh sorpresa! al entrar en mi habitacion me ví la mesa de escritorio cubierta de papeles. ¡Cuánto papel! exclamé sorprendido; pero mi buena tia, me sacó pronto de dudas, diciéndome:

—Todo eso lo han traído los chicos del pueblo.

—Ya, ya: esto será material. Veamos. Abrí el primer pliego, y decia así:

Una noche de tempestad en verso heroico.

¡Una tempestad en verso! no la leo.

Abrí el segundo y leí: *Imitacion á Espronceda.*

¡Horror! tampoco leo. Veamos otro. Abro el tercero y decia:

Fábula. El ganso y la mula de alquiler.

Este se descuelga con animaladas; paso por alto. Echo mano á otro y leo:

La gallina de los huevos de oro, reformada por un aficionado.

No pude mas, y dando un salto y tras el salto una corrida á la casa de donde salen las diligencias, tomé un billete para la que saliera primero, y sin decir esta boca es mia, me ausenté del pueblo: miento, que al arrancar tambien yo escribí un artículo que decia así: *La diligencia y el director.* He pensado irme y me voy; porque vuestra sociedad lo exige; cuando olvideis á *El ganso* y os basten los muchos que representais esa categoría, volverá vuestro ex-director Bartolillo.

Salí, pues, del pueblo, y hoy despacio, me ha ocurrido contaros, á vosotros lectores amigos, mis aventuras periodísticas, cuya ocasion me sirve para recomendaros no os suscribais á *El Ganso*, aunque su precio sea módico, pues de hacerlo os esponeis á pasar unos ratos ¡pero qué ratos!

El maestro de escuela tiene muy mala letra, los colaboradores muy desgraciadas gracias: y la direccion está á cargo del lector que puede dirigir sus improperios para los autores, del modo que mas les parezca.

A. H.

A UN CLAVEL.

Flor que sus lindas manos te cogieron
Clavel hermoso y esperanza mia,
Mis ojos ¡ay! te vieron
Su seno ornando un día,
Y ahora puede besar mi labio ardiente
Tu cáliz menos puro que su frente.

Consuelo de mi amor serás, flor bella,
Riego de mi ilusion casi perdida,
En tí veré yo á ella,
Bendeciré mi vida

Y sobre el corazon, flor adorada,
Tendréte siempre con afan guardada.

¡Ah! si presagio fueses, como creo,
De un tiempo mas feliz y venturoso
Que tanto yo deseo,
Siempre seré dichoso
Al recordar en tí, feliz momento,
Tregua de mi dolor y mi tormento.

Y si benigno nos uniera el cielo,
Tú, de mis ilusiones confidente,
Verás con cuánto anhelo
En mi pasion ferviente,
Ciñendo su cintura te bendigo
Clavel preciado, de mi amor testigo.

ADRIAN VIUDES Y GIRON.

¡LIBRANOS SEÑOR!

De patrona vieja y fea
Que de todo refunfuña,
Y con dedos de garduña
Siempre roba lo mejor,

Libranos Señor.

De aquel que dice que tiene
De capital dos millones,
Y ayer tres napoleones
Pidió á su novia Leonor,

Libranos Señor.

De una vieja solterona
Que en el balcon de su casa
Éntera la vida pasa
Y piensa solo en amor,

Libranos Señor.

De un militar que nos cuenta
Que en Africa ha combatido,
Y del café no ha salido
Pues la guerra le dá horror,

Libranos Señor.

De pollo enclenque y raquítico
Que no sirve para nada,
Y dar sabe una estocada
En algun lance de honor,

Libranos Señor.

De una joven coquetuela
Que siempre lleva detrás
Doscientos pollos ó mas
Que se abrasan en su amor

Libranos Señor.

De una marisabidilla,
De una boba, una coqueta,
Y tambien de un mal poeta,
Lo pedimos con fervor...

¡Libranos Señor!

M. SECO.

A M...

UNA PIEZA DE MÚSICA.

I.

INTRODUCCION.

Voy á escribirte una cosa *mei generis* como diria un latino.

Una fantasía mística.

Se titula: *Un sueño.*

Es un *aria sentimentale* con su *allegro* final.

II.

LARGHETTO.

Dormia.

Sentí en mi habitacion el suave ruido del plegarse de unas alas.

Algun genio de la noche.

Blando hálito me hace estremecer.

Su voz dulce como la del címbalo, mágica, callada y misteriosa como la de las hadas del Osian, me invita con cariño á que le siga.

Su mano de hielo, estrecha la mia calenturienta.

Una fuerza colosal me impele.

Nuestras plantas se deslizan sobre un suelo de vapores.

Una inmensa mole plutónica existe aislada en el espacio.

Sobre ella con letal pavura cierne sus negras alas el genio del mal.

Una familia errante que eterna llora su desgracia la fecunda con sus lágrimas.

Llorad, sí, llorad, hijos del infortunio; acaso sea ese vuestro único consuelo!

En vano el cariñoso padre sumido en la mas cruel desesperacion, ahoga sus sollozos, comprimiendo contra su pecho las crispadas manos de su hijo.

En vano con el sudor frio de su calentura quiere volverle á la vida.

En vano la cariñosa madre, bañando en llanto á su hija, aplica á sus pálidos labios sus pechos secos.

En vano con su aliento procura ca'entar sus manecitas.

¿Por qué no os puedo ofrecer el jugo de mi vida?

Les falta el sustento.

El frio enerva sus facultades y solo les permite estremecerse de terror.

Les horroriza el mismo cuadro que representan.

Cierran los ojos por no ver su desgracia y ésta se les manifiesta con mas brillantes colores.

¡Cuánta desolacion!

Tres mujeres de célica belleza se llegan á esta morada, campo vasto de lágrimas y luto.

Los abundosos pechos de la una, regeneran la vida; siembra la otra en sus corazones, prometiéndoles el cielo, la semilla de la resignacion; y les dice:—Esperad en Dios que nunca abandona sus hijos.—Creed en El, y siempre seremos prontas á enjugar vuestro lloro, añadió la última.

Y batiendo sus alas de oro tienden su vuelo al cielo.

El es su patria.

Son hermanas.

Aquella familia sin ventura es la prole de Adán.

Llora su pecado.

Esas mujeres que con benéfica mano derraman el consuelo por do quiera son la Fe, Esperanza y Caridad.

Aquella mole de granito es el mundo.

En vano busco la sombra vagorosa que me llevó encadenado al través de un mundo ideal, desconocido, para mostrarme con su dedo aquel valle de lágrimas.

¡Oh! todavía lo recuerdo con terror.

Quiero respirar las puras brisas que me envia Sierra-Nevada.

Inmóvil la veo á mi frente, destacándose sobre el fondo azul del firmamento, llena de grandeza y magestad.

La luna riela su inmensa y blanqueada superficie.

Descompuesta su luz en mil cambiantes de zafir y oro; mas parece que la baña un torrente de alba espuma de nácar derretido.

¡Sublime panorama!

El aura grata que tocó tus cimas refresca mi cabeza calenturienta.

Todo fue un sueño.

Fantasía que se fraguó mi mente y que deshizo el leve soplo de mi estoicismo.

III.

ALLEGRETTO.

Ja... ja... ja...

Tengo un modo de pintar las cosas que yo mismo me rio.

Llevan cierto aire de melancolía que contagian.

No hagamos caso.

Riamos juntos.

Toda aquella miseria fue una vision del poeta.

Música celestial.

Ja... ja...

IV.

ACORDE FINAL.

A Dios, bellísima lectora.

ANTONIO BLAZQUEZ DE CASTRO.

Granada 27 de enero de 1865.



HISTORIA NATURAL.—El sapo.

HISTORIA NATURAL.

EL SAPO.

El sapo comun es rechoncho y de formas pesadas. Adquiere casi la mayor talla á que llegan los batracios anuros, es decir, que con corta diferencia es tan grande como el sapo de agua. Sin embargo, no en todos los países ofrece tan gran desarrollo, sino tan solo en el Japon y en el Mediodía de Europa, como en Morea y en Sicilia por ejemplo; en todos los demás puntos, en Francia, en Suiza, en Alemania, en Italia, etc., su volumen total es poco mas ó menos el de nuestra rana verde. Se halla esparcido por toda Europa, y tambien por el Japon, lo mismo que nuestra hila verde y nuestras dos ranas indígenas, la verde y la temporaria.

Se alimenta de insectos, de gusanos y de pequeños moluscos, y suelen encontrarse á menudo piedrecitas en su estómago. Habita los jardines, los bosques, y como prefiere los sitios húmedos por eso se le encuentra á veces en las cuevas y en las bodegas. Se oculta debajo de las piedras, y tambien se abre galerías subterráneas, á poca profundidad, no saliendo sino de noche. Entonces suele dejar oír, si el tiempo está bueno, un sonido aflautado muy análogo al canto del pequeño buho (*Stryx scops* de Linneo). En tierra no salta como las ranas; sino que, merced á ser proporcionalmente menos lasgassus patas posteriores, anda con facilidad y hasta corre con cierta rapidez.

Hé aquí como describe Roesel el desarrollo de los huevos del sapo comun; desarrollo que, por lo demás, es con corta diferencia igual al del sapo pardo (*Pelobates fuscus*). El 12 y 13 de abril, el germen y la clara de unos huevos puestos el 11, habian engrosado, y el color negro de aquel se habia jaspado con un tono mas claro y blanquecino. El 16 y 17 habia cambiado por completo la forma del germen. El 21 salieron la mayor parte de su clara. Los pequeños renacuajos se alimentaban de plantas acuáticas y les gustaba mucho la lechuga que Roesel les dió. El 16 de mayo apareció el rudimento de las patas posteriores, y la abertura para la sa-

lida del agua se divisaba siempre á la izquierda como en la demás especies observadas por el autor. Del 9 al 12 de julio, conservaban estos renacuajos la misma forma, pero mudaron de color, enflaqueciendo por no querer comer. Aparecieron de un modo bien distinto las patas posteriores del 17 al 22 del mismo mes, pero conservaban aun la cola. Trocose el color negro en pardo con manchas mas oscuras sobre el Jorso y las patas; y disminuyó sensiblemente en longitud la cola. Eran tan pequeños aquellos animales, que ni siquiera se les podia comparar en manera alguna, por su talla, con las ranas verdes, luego que cesan de ser larvas; hacian esfuerzos para salirse del agua, y desde aquel momento se arrojaban con avidez sobre las moscas que se les presentaban vivas.

Los japones llaman al sapo en cuestion *fiki* ó *fikikahern*; nombre que podria traducirse con bastante exactitud, segun Schlegel, por la expresion latina de *Ranas pipiens*. El aspecto pustuloso de la piel le ha valido de parte de los chinos la denominacion de *Lay hia ma*, rana sarnosa. En aquellos dos pueblos, el vulgo cree que su carne es un remedio eficaz contra toda clase de enfermedades.

SUELTOS VARIOS.

Estando para partir de Londres á Bhat la duquesa de Devonshire, que era una de las mujeres mas hermosas de Inglaterra, se aproximó á ella un marinero y se quedó mirándola con la mas extraordinaria atencion.

Ya iban á montar á caballo los postillones, cuando sacó éste un cigarro de su petaca, se acercó á la duquesa y la dijo:

—Señora, ¿tendrá usted la bondad de prestarme un favor?

—¿Y en qué, contestó ella con dulzura, puedo serle útil?

—Yo señora, respondió el marinero, quisiera que me permitiese usted encender el cigarro en sus ojos.

Sonrióse la duquesa al oír una galantería tan

original, pero no se enojó. Despues cuando los caballeros de la alta sociedad le dirigian agradables cumplimientos, solia decir:

—Todo eso es muy bueno; pero es mucho mejor lo que me dijo el marinero.

Bajo el nombre de el *Anthoroplossos*, se está exhibiendo en Londres, en *Saint-James-Hall*, un aparato curiosísimo. Consiste en una cabeza de cera colgada del techo, la cual tiene un mecanismo que se mueve por medio de una llave, y que produce un canto exactamente igual al de la voz humana. Se están concluyendo otras dos cabezas parecidas, con las cuales se cantarán duos y tríos magníficos.

Tales cabezas con ser de cera valen mas que muchas coronadas.

Un labriego, que iba caballero en un pollino se apeó un dia por las orejas, como vulgarmente se dice, á consecuencia de un par de coces que soltó el animal.

La gente que presenció la caída del labriego, prorumpió en una carcajada.

—Por falta de serenidad te has caído exclamó el mas chusco de la reunion, dirigiéndose á la víctima que se levanta trabajosamente.

—No, respondió de mal talante el labriego: ha sido por falta de burro.

La fabricacion del azúcar de remolacha da lugar al cálculo siguiente: por término medio el peso de cada remolacha de las que se destinan para obtener este dulce es de un kilogramo y medio: en el producto de 5 por 100 son necesarias; 1,333 para obtener un saco 100 kilogramos. Cada fábrica produce por término medio 5,000 sacos, empleando por consiguiente 6.665,000 remolachas. En Francia existen en la actualidad 380 fábricas de azúcar, que mondan 2,532.000,000 de remolachas para obtener despues 19.000,000 de kilogramos de dicho dulce.

Considerando que cada una de estas raices pase como diez veces por la mano de los hombres, mujeres y niños, que han de mondarlas, se obtiene este resultado curioso. Cada remolacha ha sufrido el contacto de la mano del montador mas de veinte y cinco mil millones de veces. Se puede calcular por este resultado el trabajo que representa el terror de azúcar que se disuelve en una taza de café. Ya se ha escrito la historia de un bocado de pan: bajo el punto de vista económico, la de un terron de azúcar no es menos curiosa.

En un periódico anglo-americano se ha publicado el siguiente extravagante anuncio:

«Un joven perteneciente á una de las mejores familias, desea casarse con una señorita bella, rica y sobre todo muy divertida. El joven, rico tambien, es muy dado á la melancolía, y desea que su esposa tenga muy buen humor y le distraiga continuamente. Se preferirá á la que conozca perfectamente la música. El joven imita bastante bien con la nariz el canto de las aves.»

Esto último nos recuerda la carta de un señorito de provincia que solicitaba la mano de una joven á quien pretendia, y en cuya misiva, por via de posdata, habia añadido para interesar el corazon de su amada lo siguiente:

«Sabe tocar la bandurria.»

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdidas de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo 65; y en la Publicidad, pasaje de Matheu. En Provincias, Estranjero y Américas, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.